

áncora



Azul de Prusia y naranja, técnica mixta de Sunsana Jones.

El delirio de Albán

Este año, el concurso literario Walt Whitman, que concede el Premio Fulbright a escritores residentes en Centroamérica, fue compartido, en poesía, por Laureano Albán —costarricense— y el poeta salvadoreño Francisco Andrés Escobar.

La escritora y filóloga Myriam Bustos Arriata presenta estas dos voces líricas distintas para un mismo premio, en un ensayo que Ancora publicará en dos entregas.

MYRIAM BUSTOS ARRIATA

Laureano Albán —sobre quien huelga dar informaciones en este momento de su galopante trayectoria poética— presentó el poemario **Geografía del delirio**, estructurado en cuatro “geografías” mágicas: del recuerdo, del aire, del silencio y del amor, todas con un referente común: la infancia, que no es sólo “la primera vida, sino la única vida posible”, según explica en el prefacio de la obra (“Geografías mágicas”). Cree Laureano que únicamente la poesía —“antigua palabra entre lo posible y lo imposible”— podrá permitirle describir esa geografía del delirio —entendida la descripción como geografía: y la evocación de la primera edad como la descripción (geografía) de un “asombro inagotable”—. A la tarea de decirnos cómo fue, en su caso, ese “niño interminable” —a quien se le acerca, llama y ve en sus distintas edades pretéritas— dedica, entonces, este inspirado desvarío poético escrito en el mismo año en que nos hallamos y en que recibió el aplauso del tribunal coordinado por el poeta Carlos de la Osa y constituido por los profesores universitarios Maricruz Burdiel, Juan Durán Luzio, Jézer González y María Elena Rojas.

No es preciso felicitar al jurado por su elección, en el caso de Laureano: es tan evidente la altura alcanzada por su voz lírica desde que se metió de lleno en “la ausencia y su ultraje”, en la “azul expatriación”, que hasta un hombre o mujer de la calle habría dicho, a la segunda o tercera estrofa: —“Aquí hay un gran poeta, aunque yo no pueda explicar por qué”

Albán recorre en su obra el territorio infantil gracias a esa “fatal memoria de galopes lejanos” (porque “recordar es un arte de lejanías”), a esa “urgente memoria” que otorga, no obstante, “falacidad (sic) a lo vivido”, pero que le permite decantar de su presente de hombre al niño que fue: ese que emergió de la primera edad “totalmente empapado de madre y de manzanas”: que convivió con “la verde potestad” de los pinos bajo los cuales “el mar ha prometido ríos”; que ejerció la gracia celestial de asumir la geografía circundante (física, espiritual) simplemente sirviéndose de los ojos, es decir, abarcando el espacio en la totalidad de sus dimensiones con la sola mirada capaz de aprehender el esplendor del mundo y maravillarse ante él —con especial deleite en los seres ínfimos—, pero que también impone la asistencia a la muerte de cada cosa o ser, la presencia de la ceniza en medio del diamante, en suma, que tiñe de melancolía y emoción todo el poemario.

Se inicia el libro con “Devociones terrestres”, poema-*preámbulo* en que de manera indirecta anuncia que va a rememorar y a revivir la niñez. En él figuran prácticamente todos los especiales términos con que construye el resto de la obra y arma cada imagen, cada metáfora, cada figura, en síntesis (porque en los textos de Albán **todo** el lenguaje es figurado, es decir, el non plus ultra de lo poético, inquestionable lírico): tierra, sombra, semilla, flor, estrella, raíz, lluvia, muerte, silencio, noche, diamante, memoria, lejano, ceniza, labios, beso, agua, pájaro, mano, árbol, banda, fruta, gusano, llama, distancia, luna, bosque, niebla, tiempo, día, lámpara, espacio, ojos, transparente, azul, esfera, por nombrar nada más las voces nominales. De estos vocablos, hay unos cuantos de importante significación simbólica que resurgen en cada nuevo poema para integrarse en otra figura, casi siempre con una connotación distinta y enriquecedora del sentido, como **diamante** (“días del diamante”; “inútil diamante” del azufre; “muertes del diamante” que pueden hurgarse en la ceniza, “diamantes inseguros del vuelo” que labra el viento: “temas de diamante” del día), ceniza (“la ceniza incierta de viajero en los labios”; “el rito de hurgar en la ceniza”, que es al recuerdo; la ceniza que es “el cielo del re-

cuerto”; la “larga ceniza que es “el cielo del recuerdo”; la “larga ceniza iluminada” que no es el mundo; las “noches de ceniza implacable” en las que trafican “otros con la moneda intensa de la duda”; la “leve, levísima ceniza” que cae cuando se inicia el retorno a la nada de un pájaro; la ceniza que se halla “en la sombra del fuego”, cuando se aprende a mirar; el “reino de cenizas” de que debe dar testimonio quien mira el mundo con ojos infantiles), **lámpara** (alguien llama “desde lejanas lámparas”; el recuerdo “une días y lámparas”; “el padre es una lámpara donde arde su memoria”; el aire perdido de la niñez, “profusamente vivo como una lámpara total”; la forma “de mínima lámpara hundida entre mañanas” que tiene la primera mirada del niño: los cuerpos que “al borde de las lámparas reunidas del sueño yacen encendidos”; las cosas “perfectamente vivas como lámparas” que se iluminan en el prado de la infancia; las “sumergidas lámparas” que el poeta pide a su hermana —la del chaleco azul— no mirar).

Otro vocablo empleado profusamente por el autor —que, cosa extraña, no encontramos en el primer poema— es **moneda**, con insólitos y variados sentidos que debe investigar el estudioso de los textos de Laureano: “El recuerdo es metódico, reticente y exacto como una moneda que negocia la muerte”; “Quiero la alta moneda brillante del rocío”; “Moneda inescrutable de la sedienta muerte” es el hombre; “Otros con la moneda intensa de la duda trafican en las noches”; “¿Sabéis que el fuego guarda sus monedas quemantes?”; “Las más hondas, lejanas monedas de la noche fosforecen” en la copa del pino; “Todos dejamos algo ganado en lo perdido... las oscuras monedas sin seguro del canto”. Tampoco en el primer poema hallamos **crystal**, voz emparentada con otras varias de muy frecuente empleo en el resto de la obra, conexas a la idea de nitidez, de diáfandad, de pureza, de finura, de delicadeza, de fragilidad, como **espejos, agua, palidez, espejeante, invisible, transparente, transparencia, tenue, rocío, niebla, nube**, lo mismo que grupos nominales como **esfera transparente, vaso de sueños** y unos cuantos más. La voz **crystal** le sirve para ubicarnos en el tiempo: “desde el hoy de **crystal**”; para referirse a la irrupción de la luz: “como el día encendiendo sus alados **crystal**”; para denotar la lentitud del paso de la oscuridad al día: “los silencios creados por la noche... ahogan con sus mano de **crystal** oscurisísimo a las pequeñas... luces”; para destacar la calidad de la piel de la autora de sus días y, de paso, connotar su belleza moral: “Madre. La niebla y la mañana te hicieron de **crystal** agotado las manos”.

Porque es la vista el sentido más hipertrofiado en la niñez, Albán construye su espléndida rememoración con muchas palabras alusivas al color de los objetos, a sus formas, a su movimiento. Resaltan especialmente ante sus ojos los seres cuya superficie remeda al sol y que reflejan, con la luz, su resplandor amarillo: potros y hormigas” de **oro**; pieles, insectos y mapas “**dorados**”. La visión de la alta bóveda (“mirar es el único ejercicio del cielo”) parece haberle introducido en la propia óptica la capacidad de percibir los valores y cualidades que el celeste intensificado suele sugerir: **azul** —ya como sustantivo, ya como adjetivo es vocablo que escoge en trece oportunidades para elaborar sus imágenes y para calificar: el niño que fue él en otros años se yergue en su memoria “empapado de **azules**”; lo azul es amado, es agresivo o es infatigablemente así; en la tierra hay “**azules** laberintos”; a su hermana le pide que se ponga su “chaleco **azul**”; quienes avanzan soñando siempre el prado de su edad primera, a cada paso crean “un azul”; hay cosas que son **azules** como otras; existe, además, “la azul” crispación de ser hombre”. Esta dariana palabra ha dejado de serlo, en la obra de Albán, para constituirse en rasgo expresivo propio cuya polisemia y simbolismo sugiero

El delirio

Viene de la pág. 1

averiguar, también, a los estudiosos de su poesía.

Este niño que nos corporiza poéticamente Albán no se divierte con juguetes. La palabra alusiva a ellos —que no figura nunca— no existe en su vocabulario ni, por lo tanto, en su memoria. Si jugó alguna vez, ello ocurrió con doradas hormigas, con gusanillos infatigables, con pájaros (“dones amarillos”, “ojos del aire”) y con cuanto ser viviente y diminuto puebla su paraíso perdido. Se trata de un pequeño inmerso en un mundo puramente natural, que corre y corre “remotamente siempre llamando las distancias”, cruzando por “prados de lunas espejeantes”, atravesando bosques “donde el cielo es un árbol azul”, dividiendo “nieblas donde el tiempo es una fruta pálida”. Niño que “entra y sale del día”, que se embriaga de flores (en especial, rosas), que muerde las naranjas y siente la fuerza y el relieve de sus “nudillos de oro”; que ha transitado, como el viento por “la orilla del alba” y se ha asomado a “la punta del ansia”; que ha sentido sobre sí “los ojos del aire” y también los del frío; niño cuya edad

inaugural no guarda imágenes de otros niños, ni de maestros, ni de escuelas: tan sólo de esa casa en que se amaron su padres, y de estos y de su hermana con “mirada de estambre”. Sus progenitores son las sombras blancas y luminosas de su pasado: el padre, lámpara, la madre (“nombre de claridades”), diáfana, transparente, cristalina, frágil, afanada siempre en su “oficio de luces” y “de ala”.

Son tantos los aspectos que podrían analizarse en este excelente poemario, que abarcar siquiera algunos daría para una tarea larguísima. Esperamos verlo muy pronto bellamente impreso, ojalá con ilustraciones, para seguir enterándonos de los progresos de este ya doctorado en poesía que es Laureano Albán, para orgullo y gloria de su patria.